

## **El trabajo informal como inhibidor de la movilización sindical.**

Dr. Mario Ortega Olivares

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

[ortegaoli@hotmail.com](mailto:ortegaoli@hotmail.com)

Temática: Mercados de Trabajo

Mesa de trabajo 18: Precariedad y salarios.

Resumen: El objetivo de esta ponencia es analizar el papel inhibidor que el trabajo informal tiene sobre la organización y resistencia sindical debido a la sobreoferta de fuerza laboral. La metodología seguida fue la investigación bibliográfica, pues el documento tiene un carácter teórico que busca abstraer el papel que juega el trabajo informal en las economías subsidiarias en la acumulación global de capital. Las fuentes de información por tanto son teóricas. Se aporta la categoría de unidad doméstica subsidiaria para caracterizar a los núcleos familiares de los trabajadores informales y se demuestra que su crecimiento inhibe salarios y reivindicaciones de los trabajadores formales.

**Mario Ortega Olivares**, Doctor en Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Profesor investigador titular A, Investigador Nacional SNI 1, Perfil Deseable de PROMEP. Dos últimas publicaciones: “Mobbing en la reestructuración laboral salvaje” en Peña, Florencia, Patricia Ravelo y Sergio Sánchez Díaz (compiladores) Cuando el trabajo nos castiga. Debates sobre el mobbing en México, México, UAM-Azcapotzalco, 2007. “Masculinidad en crisis” en Jiménez, Lucero y OliviaTena (coord.) Reflexiones sobre masculinidades y empleo. México, CRIM-UNAM, 2007.

En esta ponencia se analizará el trabajo de informal como uno de los amortiguadores de la caída de ganancia y un depresor del salario. Los subempleados en la ciudad de México no son marginales a la producción capitalista dependiente, sino una de sus partes sustanciales, la cual permite deprimir los salarios de los trabajadores industriales y desalentar su sindicalización; a fin de mantener una baja composición orgánica de capital y para cooperar en el sostenimiento de altas tasas de ganancia, vitales para frenar la caída tendencial del beneficio capitalista.

La población en los barrios proletarios de la ciudad, se compone tanto de empleados como de trabajadores de la mediana y pequeña industria principalmente, además de sobrepoblación ampliada en sus múltiples manifestaciones, así como miembros depauperados de otros grupos y clases sociales cuyas condiciones de vida se han

deteriorado por las crisis. Para enfrentar las limitaciones a su reproducción, tanto los miembros del ejército industrial en reserva como los del ejército en activo, han revitalizado una serie de mecanismos para garantizar su subsistencia. Aunque estos mecanismos se consideran ingeniosas estrategias de supervivencia, periféricas a la producción; no son sino formas de disminuir los gastos en capital variable de la producción en su conjunto. Entre otras formas de autosubsistencia, podemos mencionar: el autoempleo informal, el autoabasto, la autoatención en salud y la autoconstrucción; quedando abierta la puerta a su profundización y diversificación. Ha sido tal la expansión y generalización de esos tipos de autosubsistencia, que se presentan como un modo de producción doméstico, alternativo al mercado y aislado de él. Pero no son sino formas de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia del capital, ya que todas inciden en la desvalorización de la fuerza de trabajo en las economías rezagadas. Se manifiesta como una depresión de los salarios cercana o a incluso bajo el mínimo vital de subsistencia. Es así como se cierra el ciclo y se obliga a los trabajadores a diversificar los de mecanismos de autoreproducción para completar el salario familiar.

Los esfuerzos familiares para “estirar el gasto” en la ciudad de México son un firme apoyo a la tasa de beneficio central. Que al sumarse a los esfuerzos de autoayuda en otras regiones del planeta, apoyan a la economía central de mercado.

Sectores aislados del proletariado mexicano se lanzan a la lucha contra la crisis en medio de la debilidad sindical generalizado; pero muchos de los trabajadores de la pequeña industria y la superpoblación relativa, aislados y desorganizados han desistido y prefieren adecuarse a la precariedad. Al no lograr ser explotados como asalariados se autoemplean de manera informal; al no poder demandar una vivienda a un patrón, autoconstruyen con desechos de demolición reacondicionados; ante cada alza de precios recorren un agujero en

el cinturón y se autoabastecen criando animales, recuperando alimentos tirados a la basura, e incluyendo a más miembros del grupo familiar en la búsqueda o producción del sustento. Al no tener acceso a los servicios de salud o dada su ineficacia se auto medican y se regresa a la medicina tradicional. La alternativa a la crisis para estas inmensas masas de población excedente ya no es la resistencia sino la habituación.

Las movilizaciones de los grandes sindicatos se han opuesto a esta tendencia, pero uno a uno han resentido el desmantelamiento de sus contratos colectivos y el avance de la flexibilidad laboral.

Al ser el proletariado, tanto activo como de reserva (ampliado), el componente mayoritario del movimiento urbano popular en la ciudad de México, el problema de la hegemonía no es sólo interclasista, sino fundamentalmente interclasista entre la fracción de industrial del proletariado y sus demás fracciones y capas. Alianza buscada, no sólo para obtener la satisfacción en las demandas de bienes de consumo colectivo urbano; sino básicamente por los obstáculos que la existencia de la superpoblación consolidada opone a la organización sindical.

Al no lograrse la alianza, esta superpoblación enajenada que trabaja en la informalidad, sirve al capital como ejército disolvente de las luchas sindicales. Por ejemplo, durante una huelga del sindicato de la Universidad Nacional Autónoma de México las autoridades quebraron el movimiento, al publicar una convocatoria llamando a los subempleados a ocupar las plazas, que supuestamente dejarían vacantes los trabajadores despedidos. Las masas de solicitantes de empleo se aglomeraron en la enorme Alberca Olímpica de la ciudad; dando un fuerte golpe al sindicalismo universitario. Por ello, aunque criticamos a los anomalistas, caracterizar como una patología a la existencia del ejército de reserva ampliado, coincidimos con Alonso en algunas de sus consideraciones sobre la hegemonía.

Efectivamente en la ciudad de México el proletariado crece ampliamente, pero debilitado y encubierto bajo formas que tienen efectos disgregantes en su conciencia, enajenando sus respuestas políticas. Esas formas precapitalistas de trabajo, subsumidas al capitalismo en diversos grados, están recargadas de diferentes apéndices, artificios y subterfugios político-jurídicos que les impide tener una noción clara del orden de cosas que los oprime y que busquen una salida a su situación (Díaz-Polanco: 148). Como estos trabajadores fueron arrancados del campo, y en su mayoría ni ellos ni la siguiente generación de sus hijos podrán ser absorbidos en la producción de mercado, han buscado por si mismos su subsistencia. Son colocados así, en una situación donde idealmente se sueñan como dueños de su propio destino; sin descubrir los diversos caminos por los que estructuralmente son compelidos a realizar aportaciones de trabajo impago, en apoyo a la acumulación capitalista.

A cada una de las diversas formas como se relaciona el proletariado en transición con el capital, corresponde una distinta percepción de la explotación y de las demandas a enarbolar:

La fracción industrial al no tener dificultad para reconocerse como explotada, demanda una mayor participación de la riqueza producida y hasta puede buscar la abolición de su explotación, según se los permita la profundidad de su organicidad y consolidación.

Los migrantes temporales como los albañiles, quienes sólo reciben del capitalismo medios para la reconstitución inmediata de su fuerza de trabajo, insuficientes para su mantenimiento y reproducción; reivindican mejores condiciones durante el periodo en que se encuentran empleados, pero tienen una débil conciencia de clase; por su posibilidad de replegarse a su pueblo o comunidad.

La superpoblación ampliada que se emplea informalmente puede entrar en alianza con el resto del proletariado y con otras clases y capas igualmente depauperadas, en la defensa de sus similares condiciones de reproducción. Las demandas que logran aglutinarla son las de vivienda y acceso a los medios de consumo colectivo.

En su lucha por alcanzar tales reivindicaciones, el proletariado, los trabajadores informales y los demás depauperados urbanos pueden transitar, permanecer o saltar por alguna de las siguientes situaciones: a) subordinación al Estado y a sus aparatos; b) autodefensa ante la represión; c) oposición organizada; y d) elaboración de una política alternativa propia para el barrio y para la ciudad. Es en esta última, donde se alcanza la mayor politización, pues al demandar la democratización en la gestión de los bienes de consumo colectivo, participan activamente en la transformación de la ciudad y de sus relaciones sociales. Queda abierta la posibilidad de que a través de las organizaciones vecinales, los trabajadores informales exijan empleos y alzas a los salarios.

**Caída de la tasa de ganancia, reducción del salario por debajo de su valor y formas de completar la reproducción de la unidad doméstica.**

La acumulación descentrada en Latinoamérica tiene como una de sus características esenciales contrarrestar la caída de la tasa de ganancia del capital internacional. El capital implementa en nuestros países diversas formas de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. En especial la reducción del salario por debajo de su valor y el incremento de la superpoblación relativa.

La reducción salarial porque permite convertir una parte del fondo de consumo popular en fondo de acumulación exportable hacia las economías centrales; y la ampliación de la superpoblación porque, además de deprimir los salarios del ejército industrial en activo, permite que en muchas ramas productivas perduren manifestaciones de la subsunción

formal del trabajo al capital como el trabajo a domicilio tan frecuente en los barrios. Estas formas se caracterizan por la baja composición orgánica del capital con sus correlativas altas tasa de ganancia, largas jornadas de trabajo y salarios bajos.

Marx en su obra cumbre intitulada "El Capital" dedica sólo seis líneas a sus comentarios sobre la reducción del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Quizá porque buscaba demostrar que aún bajo el supuesto de una retribución a la fuerza laboral por un salario equivalente a su valor, ocurría la explotación. En dicho texto se reconoce que una manera de aumentar el trabajo excedente, es hacer descender el salario obrero por debajo de su fuerza de trabajo. Pero se excluye este método del estudio porque a pesar de desempeñar un papel muy importante en el movimiento real de los salarios, se parte del supuesto de que las mercancías incluyendo la fuerza de trabajo, se compran y venden por todo su valor (Marx 1974:251).

Además, no podía considerarse el posterior despliegue que tendría la economía de mercado tras el derrumbe del muro de Berlín. Ahora el subsidio de valor que le otorgan los países rezagados juega un importante papel en el frenado de la caída de la ganancia.

La amplitud del ejército industrial de reserva en el contexto latinoamericano y la violación generalizada de la ley del valor en el pago de salarios, exigen a nuestro proletariado la reconversión de sus familias en unidades domésticas. La familia ampliada se vuelve necesaria, aún entre el proletariado depauperado, que no es migrante de primera generación en los barrios centrales de la ciudad de México. No podemos identificar su existencia como un simple resabio de un modo de vida campesino en la ciudad. Sobre todo a partir de la agudización de la crisis, la familia obrera nuclear se ha retrotraído hacia la familia proletaria extensa, como otra forma de enfrentar la reducción salarial.

Antes de discutir cómo se reduce el salario, conviene recordar que para alcanzar su equivalencia con el valor de la fuerza de trabajo debe estar constituido por estos tres componentes: a) la parte destinada a la reconstitución de la fuerza de trabajo del productor inmediato, la cual se desgastó durante el periodo de trabajo; b) la fracción necesaria para garantizar el mantenimiento del trabajador durante los periodos en que no está produciendo, como cuando enferma o queda cesante; y c) la tercera parte que permite reproducir a los hijos del trabajador como futuros reemplazos del productor cuando este no pueda seguir produciendo.

Sin embargo, en su afán de apropiarse de la mayor cantidad posible de trabajo impago, el empresario individual tiende a negar al trabajador un salario que incluya a los últimos dos componentes, incluyendo en el pago únicamente la reconstitución inmediata del trabajador. La remuneración se calcula de manera que sólo alcance a cubrir las necesidades de un obrero soltero.

Ante dicha situación la reproducción de la fuerza de trabajo presenta una disminución tal, que sólo podría ser compensada por una abundante producción de fuerza de trabajo a partir de la ruina de otras formas de producción como la campesina.

El Estado al advertir las consecuencias que tendría para la producción en general tal voracidad, y acicateado por el movimiento obrero, ha intervenido para permitir la reproducción de subsistencia de los trabajadores.

Se conforman dos salarios, uno directo pagado sobre la base de las horas trabajadas y otro indirecto que no es pagado en el marco de una relación contractual que liga al patrón con el asalariado; sino que se distribuye por las instituciones oficiales de bienestar social para asegurar la reproducción no únicamente del trabajador, sino también de su familia. La

oferta de leche barata y el reparto de credenciales de pobre en el programa Oportunidades cumplen este papel.

Siendo una necesidad del la economía de mercado contar con un trabajo subretribuido en los países dependientes para sostener su tasa de ganancia. El salario indirecto es reducido por abajo de lo necesario y es distribuido de manera selectiva en Latinoamérica. En nuestros países, la seguridad social un privilegio de los trabajadores más productivos y aún en ese caso los servicios que otorgan han sido disminuidos cualitativamente por la crisis.

Para salvar su tasa de beneficio, en América Latina, la economía de mercado pone en juego a medios de reproducción que le permiten contar con una superpoblación ampliada.

Por su magnitud, este ejército industrial de reserva, coloca al capital en: “condiciones ventajosas de negociación en el mercado laboral, lo que le permite bajar los salarios y sobre todo reducir o eliminar los salarios indirectos. Ello sumado a la falta de capital para generar suficientes empleos, se traduce en una carencia de garantías para la reproducción” (Margulis 1988:19) de las familias. Quienes son compelidas a estructurarse como unidades domésticas capaces de completar los medios de vida necesarios para su reproducción. En las familias migrantes, la compulsión para la estructuración de la familia en unidad doméstica converge con la existencia previa de una unidad campesina.

En la ciudad, las unidades domésticas se estructuran por la presión del mercado pero a diferencia de las campesinas no cuentan -en la mayoría de los casos- con medios de producción para tal fin. Deben completar su subsistencia ampliando y diversificando la fuerza de trabajo familiar. A estas unidades domésticas las llamamos subsidiarias para diferenciarlas de aquellas de los países centrales.

Por Unidad Doméstica Subsidiaria entendemos una forma de estructuración de la familia bajo formas de reproducción ampliada y de subordinación personal no contractual,

apropiada para garantizar su reproducción diversificando los usos de la fuerza de trabajo con que cuenta. Dicha reproducción ocurre bajo condiciones de subretribución salarial directa y reparto selectivo de un salario social indirecto insuficiente, contribuyendo a mantener una alta tasa de ganancia apropiable por la economía de mercado.

Esta unidad doméstica reproduce en la ciudad, la fuerza de trabajo que intenta intercambiar por los medios de vida necesarios para su subsistencia. Sin embargo, en países dependientes, dada la existencia ampliada de una superpoblación relativa, se ve compelida a aceptar salarios por debajo de su valor.

El salario familiar se completa ampliando y diversificando del uso de la fuerza de trabajo familiar. Destinando inmediatamente a la reproducción múltiples actividades familiares, bajo la forma de autoayuda y ayuda mutua. O dedicándose a actividades de carácter mercantil simple.

De acuerdo a los ritmos de la acumulación descentrada de la formación económico-social, los tres componentes de la reproducción de la unidad doméstica: a) venta subretribuida de fuerza de trabajo; b) prácticas familiares destinadas inmediatamente a la reproducción; y c) actividades de carácter mercantil. Adquieren cada uno diferentes formas y participan con diferentes gradientes en la definición de su totalidad.

Como la tendencia es que la familia no cuenta con medios de producción propios depende de la capacidad laboral de sus integrantes. La unidad doméstica subsidiaria debe ampliarse al extenderse y engendrar nuevos miembros. Se ensayan con versatilidad formas de trabajo domiciliario, artesanal y semi-artesanal, así como el muy pequeño comercio informal. Y se integran a los viejos, las mujeres y los niños al trabajo para la producción y en las tareas para la reproducción familiar.

Estas últimas prácticas, destinadas inmediatamente a la reproducción familiar, son actividades ligadas a la subsistencia que generan valores de uso más no valores de cambio. A pesar de lo ello son una manera de disminuir el valor de la fuerza de trabajo y tiene un efecto comparable a la baja del valor de los medios de subsistencia proletaria.

Según Navarro y Moctezuma: “comprenden al conjunto de actividades desarrolladas en el seno de la unidad familiar en torno a la producción de ciertos productos, la transformación de bienes salario en bienes consumibles y además, a la otorgación de servicios dirigidos a la reproducción de la fuerza de trabajo de la familia obrera” (1989:48).

Las prácticas inmediatas para la subsistencia son desarrolladas principalmente por las mujeres auxiliadas por niños y ancianos e incluyen el trabajo doméstico que transforma los bienes salarios en bienes consumibles, la autoatención de la salud familiar y la prestación de otros servicios necesarios a la subsistencia de la unidad; el autoabasto que proporciona bienes de consumo mediante el cultivo de hortalizas y la crianza de animales; y la autoconstrucción que se encarga de la construcción y conservación de las viviendas proletarias.

Las prácticas para la subsistencia y reproducción de la unidad doméstica aunque determinadas por las relaciones de producción dominantes, no son percibidas por los miembros de la familia como resultantes de una coacción obligada, sino que son concebidas cual si fueran estrategias libremente escogidas de acuerdo a sus preferencias culturales.

En realidad sus prácticas para la subsistencia y reproducción de la unidad doméstica urbana son resultados de una habituación que interioriza en los explotados la exterioridad de la explotación. Son estructuras armadas por la visión pragmática del proletariado y su acendrado principio de realidad que señalan los límites de sus posibilidades, aspiraciones y

prácticas. Estructuras económicas con forma cultural que además participan en la estructuración de las futuras prácticas para la subsistencia de la unidad doméstica.

Para este trabajo son de relevante interés, las formas de trabajo familiar destinadas inmediatamente al consumo, como la autoayuda y las redes de ayuda mutua, donde ocupa un lugar muy destacado la autoconstrucción. Aunque en los barrios de la ciudad de México existen otras interesantes redes de ayuda mutua como el “compadrazgo”, el “cuatismo”, las “tandas”, los prestamos, los “valedores”, etcétera.

Otra manera de reducir el valor de la fuerza de trabajo es la producción para la reproducción desarrollada por la unidad doméstica, donde queda incluida la autoconstrucción de vivienda.

La autoconstrucción de vivienda es el recurso al que mayoritariamente recurren los trabajadores de nuestro país para acceder a una vivienda; es una solución aparente al problema de la vivienda, resultante del conflicto entre el alto precio de una vivienda y el reducido precio del trabajo en nuestros países.

La autoconstrucción disminuye el costo de las viviendas, sin reducir la renta del suelo ni incrementar la productividad, gracias a tres factores: a) la cuota de trabajo de la unidad doméstica familiar; b) el empeoramiento de las viviendas en términos de su valor de uso; y c) el aporte de los campesinos, quienes temporalmente trabajan como albañiles por salarios menores al valor de su fuerza de trabajo; tal desvalorización del ingreso es posible porque los albañiles completan su reproducción con la producción campesina. Aunque la autoconstrucción elimina la valorización del capital inmobiliario en la fase constructiva, apoya la acumulación del capital dedicado a la producción y comercialización de los materiales de construcción.

En el plano de lo simbólico, la autoconstrucción desvincula idealmente, el precio de la vivienda del salario; a diferencia del pago mensual del alquiler, cuyo monto se deduce inmediatamente del salario. En la medida que el precio de la vivienda autoconstruida depende del autoesfuerzo, los ahorros e ingresos ocasionales.

Por la inversión simbólica, el trabajador supone que la solución de su problema de vivienda ya no depende de los incrementos al salario, y lo convierte ilusoriamente en un problema de autocapacidad y esfuerzo familiar, el proceso también alimenta la ideología de la propiedad privada.

Aunque ha sido muy alabada, la autoconstrucción no resuelve la penuria de la vivienda del proletariado latinoamericano, únicamente abarata el precio de la vivienda y por tanto el salario; fortaleciendo la irracionalidad urbana capitalista.

La labor de autoconstrucción exime a los patrones de la obligación de incluir el rubro vivienda en el salario, únicamente cuando se generaliza socialmente. Afortunadamente para el capital, esto sucede en la ciudad de México, donde al menos el 50 por ciento de la población vive en colonias autoconstruidas (Casa y Ciudad 1986:1).

Para Topalov esta labor de autoconstrucción es una de las prácticas de consumo desarrolladas por del proletariado urbano, cuando los salarios no satisfacen sino de manera mínima la reproducción de la fuerza de trabajo. Y considera a la autoconstrucción como otra de las formas de trabajo doméstico, que disminuyen el valor de cambio de la fuerza de trabajo, aumentando la tasa de plusvalía extraída en la producción capitalista (Topalov México, 1979).

No queda claro si para Topalov tal reducción del valor de la fuerza de trabajo proviene solamente de la autoexplotación del autoconstrutor; o si proviene del aporte que los albañiles, en tanto migrantes estacionales, otorgan al cobrar a los autoconstructores menos

de lo que cobrarían en una inmobiliaria. O si, como suponemos la tendencia a la depresión de los salarios por la autoconstrucción se debe a una combinación de estos dos factores, sobresaliendo el aporte del peón o albañil campesino. La autoconstrucción tiene dos ventajas para el capital: permite al proletariado ahorrar y resuelve sus problemas de vivienda. El máximo provecho ofrecido por la autoconstrucción al proletariado, según esta corriente, radicaría en que no gastan dinero, sólo invierten un poco de tiempo libre que "no cuesta nada".

El capital ignora que el tiempo destinado a la labor de autoconstrucción no es simplemente un transcurrir de las horas para el autoconstructor; sino tiempo de trabajo, durante el cual se desgasta su fuerza en jornadas extra. Y que, el tiempo libre en realidad es tiempo para la reproducción; de manera que la reducción del mismo, por el alargamiento de la jornada en la autoconstrucción, disminuye en los individuos la reconstitución de su capacidad productiva. Y que al consolidarse este alargamiento de la jornada por la autoconstrucción, disminuye la calidad y la esperanza de vida de los autoconstructores.

El gran acierto de Pradilla fue descubrir que: "la autoconstrucción, cuyo surgimiento es determinado por el proceso de pauperización de los sectores poco remunerados y poco sindicalizados de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, no sólo genera nueva pauperización para ellos, sino para el conjunto de los trabajadores, ya que afecta también, forzando a su descenso, al valor de la fuerza de trabajo y los niveles salariales de otros estratos de la clase obrera y, por extensión, al conjunto de los asalariados" (1982: 315).

Como la autoconstrucción no es un proceso orientado directamente a la valorización de capital, nuestro teórico la considera inadecuadamente, como: "un proceso de producción para el autoconsumo realizado en condiciones no capitalistas, -que- no se integra al proceso de reproducción del capital, ni actúa en forma sustancial sobre él" (Pradilla 1977:31).

Supone Pradilla que las formas de autoabasto desplegadas por las familias proletarias pertenecen a un modo de producción no capitalista, y que no inciden en la producción capitalista. Ignorando su propia tesis, del papel que juega la autoconstrucción en la desvalorización de la fuerza de trabajo, no reconoce la autoconstrucción como una de las causas que evitan el derrumbe de la tasa de ganancia; característica significativa para la reproducción de la economía de mercado.

Burgess después de estudiar cuidadosamente los procesos de autoconstrucción en América Latina y el este de Asia, tanto en asentamientos irregulares como en proyectos estatales. Descubrió que la reducción de los costos de las viviendas, se logra, no tanto a través del empleo de la mano de obra familiar no remunerada, sino más bien por el empleo de mano de obra asalariada, no sindicalizada, especializada y no especializada, contratada en el sector informal de la construcción (Burgess 1988:257).

Este hallazgo no niega que la autoconstrucción tiende socialmente a deprimir los salarios. Pero obliga a reconocer que además del aporte de trabajo de la unidad doméstica en la construcción y gestión del proceso, una parte muy importante corresponde a la contribución de los campesinos migrantes temporales, quienes especialmente cuando trabajan para autoconstructores depauperados, aceptan salarios por debajo del valor de su fuerza de trabajo. Tanto por su carácter de ejército industrial de reserva como porque sus ingresos los complementan en la producción campesina. El trabajo de peones campesinos como albañiles asalariados es el verdadero secreto tanto de los bajos costos de la autoconstrucción, como de las ganancias extraordinarias del capital inmobiliario. Así se reafirma la relevancia de la superpoblación relativa en la depresión de salarios como manera de evitar la caída tendencial de la tasa de ganancia capitalista.

**Crítica a los teóricos anomalistas.**

Si bien la economía de mercado en los países centrales y en los dependientes ha reproducido sus características esenciales, en América Latina se presentaron diferencias específicas que distinguen a la economía de mercado dependiente de la clásica. Algunos autores apoyados en la unidad esencial de la economía de mercado han demandado una igualdad absoluta del capital en una y otra circunstancia; y al no encontrar tal homología, han declarado anómala la economía latinoamericana.

Cuestionan principalmente a la economía de mercado dependiente por no haber logrado ofrecer empleo formal a las masas de inmigrantes. Los teóricos anomalistas, al considerar de manera etnocéntrica su modelo de ciudades como el tipo "normal" de urbanización a seguir, declaran aberrantes a las ciudades que se desbordan al sur del Río Bravo, por sus aglomeraciones de pobres. El cargo consiste en no haber mantenido una correspondencia entre la magnitud de la población y las posibilidades de absorción en la producción industrial (Maldonado 1983:18).

Autores marxistas, reivindican el concepto de marginalidad social para calificar a esa masa de fuerza de trabajo que no logra asalariarse y producir plusvalía. Al suponer que el concepto de superpoblación relativa ha perdido vigencia, por la emergencia de una población excedente, imposibilitada para acceder a empleos productivos al menos de manera intermitente; integrando una enorme masa de personas que nunca en su vida pasaran a formar parte del Ejército Industrial en Activo (Moctezuma y otros 1980:58).

Angustiados al no poder explicar cómo el proceso de acumulación ha recargado el mercado de trabajo latinoamericano con millones de desposeídos no absorbibles por la economía capitalista, hablan de un mercado interno de trabajo "deformado" por procesos de "pauperización no proletaria" que frenan el desarrollo capitalista. José Nun en su obra clásica: "Superpoblación Relativa, Ejército Industrial de Reserva y Masa Marginal",

describe una dicotomía entre el sector desarrollado de la economía latinoamericana y el sector donde subsisten los no absorbidos, a quienes calificó como marginales. Porque esta superpoblación no cumple la función de un ejército industrial de reserva que apoye a la producción durante sus pulsos de expansión y contracción industrial, al rebasar la magnitud necesaria para tal fin.

Para los teóricos anomalistas, México como es uno de esos países subdesarrollados de economía deformada, en el que la estructura de clases propia de la economía de mercado no habría podido surgir con la fuerza necesaria para determinar la estructura social.

Algunos de los representantes más destacados del anomalismo, son Jorge Alonso y sus colaboradores, quienes conciben la marginalidad como producto de una integración atrofiada de la economía de mercado dependiente a la economía global. Caracterizan al proceso distorsionado por:

- a) la excesiva opresión, como si en algún lugar del mundo la opresión pudiera ser benevolente;
- b) la excesiva pobreza; y
- c) la escasa acumulación interna.

Bajo estas circunstancias se generaría una burguesía atrofiada frente a una creciente pero débil ola proletaria, que se encubre bajo múltiples formas.

Todo ello como resultado de las distorsiones impuestas por el imperio a nuestros países que trastocan el proceso “clásico” de proletarización, bajo una relación imperialista que nos obliga a expulsar la plusvalía hacia sus centros de acumulación, bloqueando así nuestro proceso de acumulación y profundizando la dependencia tecnológica.

Aunque Alonso se equivoca al considerar estas relaciones de producción como anómalas, cuando son consustanciales a la economía de mercado actual; él y sus coautores

aciertan al señalar que el problema radica en una contradicción básica de la economía de mercado dependiente: la necesidad e imposibilidad del desarrollo para nuestros países.

En resumen Alonso confunde las características de nuestra vía específica de acumulación con una distorsión del mercado. Acierta al reconocer sus características, aunque las considera anómalas; siendo estas: un proceso de industrialización incompleto; una migración desproporcionada; bajos niveles de empleo; subsistencia bajo formas de autoempleo; despliegue de un proceso de lumpenización; recurrencia de los trabajadores anómalos a las redes de subsistencia; servicios urbanos degradados; baja escolaridad; alta morbilidad; y desviación de las demandas de este proletariado del terreno de la producción al del consumo.

Sin embargo, le preguntaríamos si la acumulación de tantas anomalías permite sostener el mismo paradigma desarrollado para explicar la formación socioeconómica inglesa en el siglo XIX, a fines del segundo milenio.

Creemos que aunque sigue en pie la acumulación de valor como nervio mismo de la economía de mercado, en la fase actual ha adquirido nuevas cualidades que más que distorsiones o anomalías, son una renovada forma de ser del mercado: hoy, aquí y ahora. Conviene recordar que la hipótesis de una producción capitalista que se produce en todas partes de forma absoluta; es decir la hipótesis de una sociedad reducida a las clases modernas de propietarios territoriales, de capitalistas y de obreros, eliminando a todas las capas intermedias, no se cumple, sino de manera aproximada; una situación así no existe ni en los países centrales. Lo que encontramos en América Latina, es la persistencia de formas productivas de carácter no competitivo o precapitalista y nuevas modalidades de la superpoblación relativa que han sido subsumidas por el modo de producción capitalista dominante. Quien establece sus relaciones con otras formas de producción, mediante

intercambios que sangran el plustrabajo realizado fuera de su propia esfera, pero bajo su dominio. Para ello, el imperialismo pone en juego relaciones productivas externas y de forma precapitalista, pero capaces de reproducir sin costo alguno para su provecho una fuerza de trabajo que después puede: comprar barata, ya sea temporal o permanentemente; expoliar; usar, o mantener en reserva para deprimir los salarios; salvaguardando su tasa de ganancia de la tendencia decreciente. Este proceso, es una de las causas esenciales de la dependencia latinoamericana y al mismo tiempo de la supervivencia y prosperidad del mercado.

Como se puede apreciar, no estamos frente a un paradigma en crisis coperniqueana: saturado de anomalías o deformidades. Sino ante una nueva vía de acumulación, dotada de racionalidad económica; dado el desarrollo desigual y combinado del mercado, la vía de acumulación en Latinoamérica incluye dentro de la subsunción general del trabajo al capital, formas de producción correspondientes a diferentes grados particulares de sumisión; de manera que las leyes generales del mercado operan necesariamente bajo formas que se apartan de la “media ideal”. El análisis de estas “perversiones” para Armando Bartra es quizá más importante pues son consustanciales a la vía seguida (Bartra 1982:61) en la actualidad.

Queda claro que la dependencia latinoamericana y su secreto, la superpoblación ampliada, no es ninguna patología capitalista como pretenden los teóricos anomalistas, la verdadera enfermedad que padecen nuestros pueblos es la “salud de roble” de la economía de mercado; no hay medicinas que la curen, el alivio aunque hoy aparezca cada vez más lejano, será la poda del árbol enfermo. Como ya había advertido tempranamente Torazo: “podemos aceptar que el fenómeno de la población excedente, considerado aberrante por los anomalistas, sea nuevo en magnitud, ya que la tardanza de la acumulación conduce a un

aumento de la superpoblación relativa, pero lo que no aceptamos es que sea de una significación diferente.”

Sus causas y orígenes no han perdido vigencia pero se han intensificado paralelamente al desarrollo del mercado.

En conclusión podemos afirmar que no estamos frente a un tipo cualitativamente diferente de clase social marginal, sino ante una superpoblación consolidada que no es ninguna anomalía sino la forma de ser del mercado en las formaciones socioeconómicas subsidiarias.